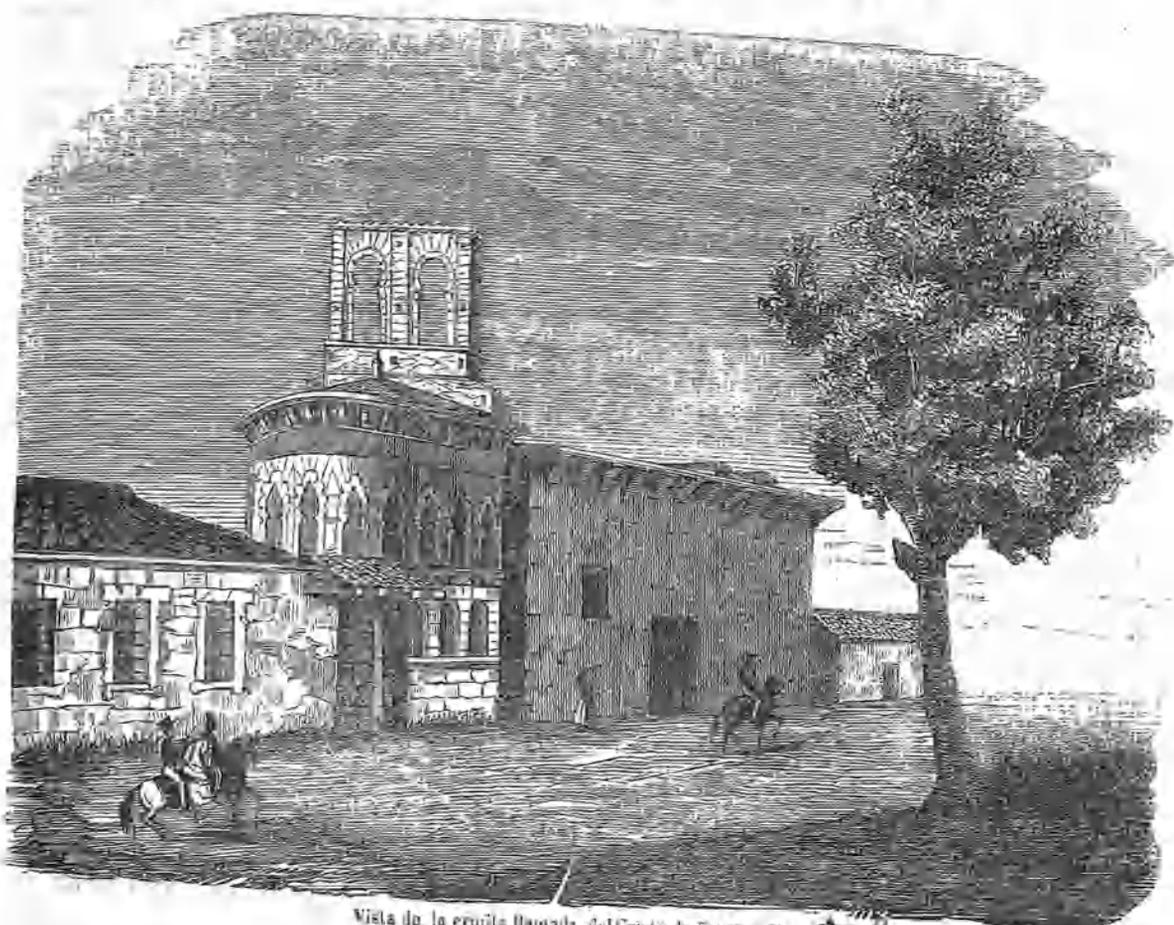


# ESPAÑA PINTORESCA.



Vista de la ermita llamada del Cristo de Santiago, Talavera Reina

## TALAVERA DE LA REINA.



os cosas les están muy recomendadas á los escritores del SEMANARIO PINTORESCO: la buena elección de materias y la brevedad de los artículos. Estamos persuadidos de que la descripción que vamos á comenzar llenará cumplidamente el requisito primero; y aunque más difícil de observar el segundo, procuraremos á lo menos no violentarle con impertinentes preámbulos, que

puedan agotar por otra parte la tolerancia de nuestros lectores.

Salid de Madrid por la puerta Segovia y tomando la carretera mas inclinada al sudoeste, entrareis al cabo de diez y siete leguas en una inmensa llanura, árida y solitaria al principio, empero poblada de árboles y mieses despues que os internais en ella con direccion al caudaloso Tajo. Bosques interminables de olivos despliegan sobre vuestra cabeza su sumbrío pa-

bellon para precaverla de los ardores que inflaman el aire bajo aquel cielo de metal, abrasado en una hoguera continua. La vid que prospera en las laderas y collados mas distantes, embalsama las cálidas brisas del dia con el olor de rosa que exhalan sus racimos pendientes del vástago feraz; y alternando con el azucarado melon, con el albrichigo y con la fresa de los Alpes, respira modestamente su aroma una familia asombrosa de yerbas perfumadas, que gozan de una existencia anónima en las tranquilas márgenes del rio.

Empero á medida que os acerqueis al pueblo tan magníficamente ataviado, ireis perdiendo la ilusion y os afectará el grosero contraste del arte abismado en el desden y la naturaleza favorecida con tanto extremo. Un paseo cuya capacidad recuerda la del mas concurrido de Madrid, y que como á este llaman el Prado, presenta desde luego á la vista unos asientos rústicos y alguno que otro arbol secular, cuyas copas cien veces chapodadas carecen de gallardía y no dan sombra. Sin embargo, hay al costado izquierdo un bosque de álamos sumamente espesos y elevados donde en la primavera cantan los ruiseñores, enroscan los espinos y

zarzales nuevos brazos alrededor de los troncos y cubren de sombras impenetrables mil abusos y mil crímenes.

El torreón de la puerta de Toledo está precedido de varias casuchas de labranza, pero conserva su carácter romano en medio del estado ruinoso á que ha venido á parar. Con solo fijarse en él olvida uno la villa moderna en que va entrar, para ocuparse de la antigua Talavera.

Su origen atormenta á los historiadores, envolviéndoles en conjeturas que nada prueban. Ptolomeo la denomina *Libora*, Tito Livio *Ebura*, los godos *Elbora* y D. Rodrigo, arzobispo de Toledo la dió el nombre que tiene, deducido, segun pretende Arias Montano, de la voz *Tatvora* que en hebreo significa abundancia de trigo. Ni la tradicion ni las historias mas remotas declaran quienes fueron sus primeros pobladores; únicamente existen algunas lápidas funerarias del tiempo de los romanos, que ademas de los muros embebidos entre las reparaciones hechas por el hijo de Mahamad, miramamolín del siglo décimo, atestiguan haberla habitado mucho tiempo los dominadores del mundo.

Que Talavera haya sido una fortificación inatacable lo dan bien á conocer tres distintos baluartes, que conservados á trozos entre las casas interiores de la villa se levantan bajo el aspecto de almenadas torres, á que los naturales apellidan *albarranas*. El Rey Don Alonso VII de Castilla fabricó en el recinto mas próximo al rio un alcázar, el cual ha desaparecido hasta los cimientos. Solamente subsiste en su mayor parte la muralla exterior que le defendia, sirviéndola de foso una acequia de agua corriente, llamada *Portina*. Igualmente fortificado estaba el arrabal de san Andrés, si bien demuestran menos antigüedad sus escasos vestigios, entre los que merece alguna atencion la Puerta de *Cuartos* por razon del suceso desastroso que recuerda su nombre. El memorable Rey D. Pedro el Cruel habia hecho degollar en Talavera á Doña Leonor de Guzman, madre de su hermano D. Enrique; y escandalizado el pueblo á la vista de tan inaudita barbarie, aguardó la ocasion de manifestar al tirano su justo resentimiento. Dió, pues, el grito de insurreccion, cuando las tropas del bastardo pretendiente le entretenian en las fronteras de Portugal: mas revolviendo D. Pedro su cólera contra los rebeldes indefensos, hizo descuartizar á todos los que por su riqueza ó jerarquía le inspiraban sospechas, colgando sus miembros palpitantes sobre la puerta que daba frente á las provincias que resistieran su yugo.

Las invasiones ordenadas por Tareco, Azbuzara y Muza á principios del siglo VIII no produjeron efecto alguno en el castillo de Talavera. Mas reconociendo su ventajosa posicion le guarnecieron de tropas, aperechiéndose contra los reyes de Leon que trabajaban en la reconquista de su patria con valentia y resultados felices.

El célebre D. Ordoño II á cuyo arrojó juvenil debia la corona de su padre el fuerte de Rejel, cerca de Cádiz, se propuso aventurar la toma de Talavera, pasando á ponerla cerco acompañándose de un buen número de gallegos. No fueron vanas sus tentativas. Los árabes sufrieron repentinamente el asalto, y murieron todos al filo de la espada incluso el gobernador de la ciudad, llamado Zinto. Algunos años mas adelante

volvió á ser victima de nueva conquista, condenándola el mismo Rey vencedor á un segundo saqueo, y llevándose presos á todos los habitantes despues de haber entregado al incendio las murallas, arrabales y cercanías.

D. Ramiro II sucedió con el tiempo al conquistador de Talavera, y quiso espulsar á la morisma que por tercera ó cuarta vez la dominaba. Sus esfuerzos fueron inútiles: pero tanto estrechó á los musulmanes, que obligándolos á sostener el combate con que los provocaba, les mató doce mil, y se llevó siete mil prisioneros añadiendo laureles á la corona que habia logrado ceñirse en Madrid, en Osma y en Simancas. Este pasaje, comprobado en los anales de nuestra patria con la autoridad de ocho historiadores respetables, basta para venir en conocimiento de la sumia importancia que tenia aquella plaza en los siglos XI y XII. Respuesta de tantos contratiempos y descalabros adquirió un esplendor que desconocian las primeras capitales del reino, y envidiaban hasta los pueblos mas fértiles y mercantiles. Su comercio tomó un vuelo colosal y fijaron allí su residencia muchos titulos y dignatarios que la engrandecieron con suntuosos edificios. Todo esto influyó para que el Rey D. Alonso XI la escogiese como prenda de caro valor para dársela en arras á su esposa Doña Maria, de cuya posesion la tomó mas adelante la Reina Doña Juana Manuel de la Cerda, muger de D. Enrique II, á lo cual debe Talavera el sobrenombre que lleva, no obstante que en virtud de donacion hecha al arzobispo de Toledo á cambio de la ciudad de Alcaraz dejó de pertenecer al señorío de la Reina, como consta de una carta plomada fecha en 25 de junio de 1374.

De esta relacion que para mas claridad de lo que nos falta que decir hemos anticipado, trasladándonos á épocas lejanas, pasaremos á recorrer en poco tiempo la villa de hoy, prefiriendo siempre las notabilidades arqueológicas á los objetos que hayan nacido por decirlo así á nuestra vista.

El caserío que conduce á la colegial por el centro de la poblacion es bajo, irregular y mezquino. Si alguna casa antigua descuella sobre las demas, es para hacer mas miserable el aspecto que presentan, oponiendo á unos departamentos pequeños y ahogados vastisimas estancias destituidas de comodidad, de elegancia y alrigo. Las calles son generalmente tortuosas, estrechas y mal empedradas, contribuyendo á la incomodidad del transeunte la falta de aceras, policía y alumbrado, pues apenas dura este en los pocos faroles de reverbero que se acaban de colocar en las calles mas públicas, hasta las once de la noche en el invierno. La yerba que al paso se encuentra y el silencio que reina á todas horas aun durante aquellas que mas escitan al movimiento y á la animacion, dan antes una idea fóbrea que agradablemente preventiva de los solitarios enladeros por donde el viajero discurre. Espuesto á cada momento al disgusto de recibir sobre si las aguas arrojadas que debieran dirigirse por los vertientes á las alcantarillas cubiertas, necesita caminar con mucha precaucion por debajo de las venianas y balcones, sino quiere entrar en altercados con alguna criada respondona, ó verse doblemente ofendido por la indiferencia con que la autoridad acostumbra escuchar desmanes de ese jaez, disculpándose con el uso. Mas á pesar de tales circunstancias, en el inte-

rior de las viviendas reina el asco, el auxilio casi indefectible de un poco de agua potable y con frecuencia un jardín plantado de flores, naranjos, granados y limoneros, cuyos frutos respectivos recrean la vista y el olfato, siendo además muy apreciables para templar la sed que se experimenta mientras dura el estío, escesivamente caluroso.

La iglesia colegial está situada al extremo de la villa que mas se acerca á la márgen derecha del Tajo. Fué fundada en el año de 1211 por el arzobispo Don

Rodrigo, y reedificada por D. Pedro Tenorio, á mitad del siglo XIV. El cardenal de Lorenzana hizo en ella muchos reparos: mandó enlazar de mármoles su pavimento y costeó unas rejas muy decentes, que cierran el coro y la capilla del presbiterio.

Su fachada principal remata en un triángulo poco digno de coronar el delicado roseton que se vé por hajo, y menos la linda puerta ojival que dá entrada á la iglesia. Elévase al lado izquierdo una torre de piedra construida á principios del siglo XVIII. Tiene tres



Puerta de Cuartos y ruínas de la casa del P. Mariana.

cuerpos finalizados por medio de una cupulina piramidal de mal gusto, cubierta con plomos.

La primera impresion que el forastero recibe actualmente al entrar en aquel templo, es desagradable. Nadie ignora el incendio ocurrido en la noche del 21 al 22 de setiembre de 1846. ¡Noche de espantoso recuerdo en los fastos de Talavera y de laudable memoria para sus hijos!—Serian las ocho y media de la noche, cuando las campanas de la colegial anunciaron el fuego que, habiendo prendido en el maderamen interior del órgano por inadvertencia del artifice que le afinaba, se descubria ya por encima del tejado apoderándose con la rapidez del rayo de los corpulentos tirantes que sustentaban las naves colaterales. Alborótase el vecindario, é impelido por la voracidad de las llamas y el toque de somaten, se lanza indistintamente al lugar donde el peligro amenazaba mas de cerca ó propendia á mayores daños. Las señoras de la primera categoría se olvidaban de su débil complexion, apresurándose á salvar entre sus brazos las ropas esquisitas, las colgaduras, los objetos combustibles, y los vasos de oro y plata. Rompianse á golpe de hacha las portezuelas de los relicarios y las gabetas de los roperos cuyas llaves no parecian tan pronto. El rumor y la fuerza de las llamas cada instante crecia mas, viéndose en pocos minutos convertida el corn en una fra-

gua donde fluia el estaño derretido del órgano; los vidrios de las ventanuas liquidados, y el plomo que los aseguraban deshecho como cera en las paredes. Por todas partes crujian las maderas abrasadas, chispeaban las piedras, gritaba el pueblo y se derramaba el agua á torrentes entre el fuego que saltaba á los retablos, incendiándolos como si estuviesen bañados de resina, y el humo que sofocaba la respiracion y tostaba á los operarios. En medio de este caos infernal vimos un celoso sacerdote llevar entre sus manos temblorosas el sacrosanto copon y caminar bajo la salvaguardia del Dios vivo, con tanta lentitud y compostura como si nada pasase enderredor... y sus vestiduras participaban ya del fuego; y caian sobre su veritable cabeza los pedazos de argamasa que se desprendian de las bóvedas, candentes como el horno de un alfarero. ¡El santuario iba dejando de existir y la religion triunfaba en todos los corazones!

Eran las once cuando se dió por terminada la catástrofe. El estrago habia sido inmenso. Ni una astilla quedó en el coro; ni el menor vestigio del órgano; ni un palmo de pared donde no hubiese marcado su negra huella el elemento destructor. Algunos periódicos de Madrid (1) se apresuraron á deplorar este infame acontecimiento, atribuyendo al coro un mérito

(1) Entre otros el Católico y el Tiempo.

to que en realidad no tenía. Constaba de dos órdenes de sillas de nogal con talla churrigueresa, labradas á espensas de una herencia que dejó á la fábrica el canónigo D. Ventura Gomez Serrano en el año de 1740. El arzobispo de Toledo concedió su permiso para hacerla en el real sitio de San Ildefonso á 1.º de diciembre del mismo año.

Compónese de tres naves la iglesia y pertenece su arquitectura al estilo de *transición* ó sea á la época que media entre el bizantino y el primer periodo del ojival. Tiene tres ábsides: las columnas son agrupadas con capiteles de adorno lombardo, y las ventanas carecen de parte-luz. Los retablos son á cual mas humildes y modernos, debiendo exceptuarse en cuanto á la primera cualidad el altar preferente, que es de mármoles con un lienzo de la Asuncion de la Virgen, pintado por D. Mariano Maella. Este retablo, en que competia un prodigio del pincel con un destello brillantísimo de riqueza, ha sufrido la mas completa ruina. Ni la preparacion del cuadro ha quedado siquiera en aptitud de prestarse á un reparo, que tal vez hubiese hecho menos sensible su pérdida. Salváronse, sin embargo, otras pinturas excelentes, cuales son la Aparicion de Santa Leocadia; un San José original de Palomino, y varias otras de la escuela de Jordan, colocadas en la sacristia.

Pocos son los enterramientos que merecen describirse en razon de su mérito artistico. El de la madre del cardenal Tenorio estaba cerca del altar mayor al lado del evangelio, donde los monjes de San Gerónimo bajaban cada dia á cantar un responso: mas el señor de Lorenzana dispuso que la trasladasen al costado izquierdo del coro, habiéndose por lo tanto calcinado y hecho pedazos su estatua de mármol. De igual materia son las de un caballero que yace en lucillo anónimo, inmediato al altar de los mártires Vicente, Sabina y Cristeta; y otra que representa á un canónigo arrodillado sobre almohadones en la capilla de San Francisco. Los fétros de los señores de Loaisa son de pizarra minuciosamente laboreada.

Aunque respecto de su elegancia y hermosura nada podemos decir del claustro procesional, construido en una calle del pueblo el año de 1469, no queremos pasar en silencio la sala de contaduría, por la notable circunstancia de hallarse en una de sus paredes la caja cimericia de Doña Leonor de Guzman, si hemos de dar crédito á lo que refiere una nota manuscrita de un libro de acuerdos que existe en el archivo capitular de aquella iglesia, con la fecha del 19 de julio de 1777.

Indicado con la posible brevedad lo que debe ver el curioso en la colegiata de Talavera, le aconsejamos que no ponga término á sus exploraciones arqueológicas, sin tomar en cuenta la parroquia de Santiago, sita en la calle de *Masones*, la torre de la de San Miguel sobre todo el oratorio abandonado del *Cristo de Santiaguillo* (1), cuyos ejemplares nada dejan que desear en punto á la arquitectura mazarabe. De todos los conventos suprimidos, el monasterio de San Gerónimo, inmediato á la colegiata es el mas vistoso y suntuoso. Debe su fundacion al renombrado Tenorio, quien tuvo la ocurrencia de mandar se trasformase en imagen de Santa Catalina para adornar la entrada una Venus de mármol blanco que se encontró soterrada

(1) Véase nuestra lámina anterior.

bajo los escombros de un templo gentilicio. El crucero y capilla mayor se renovaron en 1549; pero el cuerpo de la iglesia no pudo empezarse á reedificar hasta el de 1624, cuando el gusto arquitectónico iba ya en decadencia. No obstante, el conjunto general de la obra ofrece bastante regularidad de proporciones; la escalera que conduce á las celdas es muy famosa, y desde la plataforma superior, que dá vuelta al tejado del ábside bajo el nombre popular de *Giraldá*, descúbrese una campiña tan esteusa como pintoresca y alegre.

Después de este monumento la ermita de nuestra Señora del Prado es el primero en amplitud; pues tiene 50 varas de largo y 22 de ancho, repartido en tres naves. Un religioso agustino, Fray Lorenzo de San Nicolás, construyó el cuarto cimborio de madera que tuvo España á imitacion del que acababa de hacerse en el colegio imperial de Madrid, é inventó un cornisamento ridiculo. Reunidos al mismo edificio están las habitaciones del cura, una hospedería y la plaza de toros, con cuyas corridas se celebraban y aun celebran los dias consagrados al culto de aquella imagen. Siendo por espacio de muchos siglos lo que la virgen del Pilar para los aragoneses, es tanto mas inexplicable la pobreza en que actualmente se vé, cuanto la devocion y entusiasmo del pueblo permanece todavia siendo bastante general. En una lápida que hay empotrada al lado izquierdo del ingreso que mira á N. O. leímos esta inscripcion:

*Litorius, famulus dei, vixit annos, plus minus  
LXXV: requiescit in pace die VIII kal. julias, Æra  
DXXXVIII. (1)*

Y por bajo se halla una nota redactada con caracteres incorrectos, que dice: — «Aquí está sepultado un hombre, que se dijo Litorius, el cual fué fallado en este sepulcro en un olivar, cerca del monasterio de la Trinidad; y porque estaba fuera de sagrado, y parecia que era católica y cristiana persona por este rótulo de su sepultura, el Rmo. Sr. D. Francisco Gimenez de Cisneros, cardenal de España, arzobispo de Toledo, nuestro señor, le mandó pasar á esta ermita de nuestra Señora del Prado, y por su mandado lo pasó aquí el cabildo de la Caridad de esta villa de Talavera en el mes de mayo, en el año de MDXII, y segun parece ha que falleció MDXII.—La piedra de donde hemos copiado este letreiro es negra y el sepulcro que cubria tiene tres palmos de ancho y nueve de largo.

Para completar la descripcion monumental que dejamos reducida á sus mejores dimensiones, sin que por eso hayamos olvidado cosa alguna que á nuestros

(1) Pasando por la calle de la *Gula* que desemboca en el Prado, nos pareció que una piedra embutida por cima de la puerta de un corral, manifestaba el pulimento y guarnicion de las lápidas sepulcrales. Hicimos rascar la cal que la cubria enteramente, y pudimos con mucho trabajo copiar el siguiente óbito romano: *Die man. Sestiliæ. Merci Lucen. Cluviens: Ann. XVII C. Valerius Coerivus uxori. A los dioses manes, Cayo Valerio Gerico á la memoria de su muger Sestilla, hija de Marco Lentulo, natural de Cluvia: murió á los diez y siete años de edad.*

En el patio de una casa de la calle de *Gaspar duque* logramos con las mismas diligencias leer esto que se sigue: *D. M. S. G. B. Patenquirocæ. ex. fac. Q. heri. An. LXXV. Al. Eur. max. Pilo Oero.*

Ultimamente, hacia la mitad de una de las torres albarranas que mira al poniente está escrito, *Yogoff L. Tibur pricour es 1040.*

elogios se manifieste acreedora, quede consignado el que se mereció la fábrica atrevida del puente que comunica con la parte meridional del río, siquiera pesen sobre él los desastrosos sucesos de la guerra de la independencia y las avenidas terribles que han combatido sus cepas las hayan maltratado á la vista, derrocando su fortaleza original. El extremo que toca á la orilla izquierda está añadido con tablas desde que los franceses le cortaron; y reparado con piedras y ladrillo segun las necesidades del momento reclamaron, únicamente sorprende por el espacio que abarcan los treinta y cinco arcos que le sostienen en una longitud de 1350 pies castellanos con la anchura suficiente para dar libre curso en ciertos puntos á dos carros pareados.

Triste nos causa el haber de traer á la memoria el vuelo que tomó la pujanza fabríl de Talavera en tiempos no muy remotos, para compararla con la deplorable abyección que experimenta en el día.

Plantada en 1740 á espensas de la real hacienda una fábrica de sedería, despertose tal actividad entre los manufactureros y con tanto ardor comenzaron á funcionar los 300 telares que sucesivamente se fueron colocando, que desde 1760 hasta 1790 en que principió á decaer se invertía con pocas defraudaciones una cosecha anual de 25,000 libras de seda, en cuya habilitación se empleaban 2,000 personas incluso los niños y mugeres. El año de 1762 dejó de administrarla la real hacienda y la tomó á su cargo la casa de Ustariz, del comercio de Cadiz; subsistiendo con ella hasta el año de 1778 en que volvió á la hacienda real, quien hubo de cederla á los Cinco Gremios de Madrid sus actuales propietarios. Aunque nunca rindió una utilidad considerable, ahora puede asegurarse que apenas alcanza á cubrir los gastos indispensables para evitar una entera derrota. La cosecha de seda no pasa por términos regulares de 3 á 4,000 libras cada año: el número de telares ha bajado á 20 y á 100 las personas ocupadas en ellos, sujetas á un sueldo mezquino, y repartidas en unas localidades indécimas que reciben la luz por medio de unos encierdos de papel, cuya débil defensa no sirve á preservar á aquellos miserables menestrales de la intemperie y del frío. Hasta el libro de muestras donde se encontraban las de todas las telas de algun mérito que habian salido de la fábrica desde su fundación ha desaparecido últimamente, así como tambien otros muchos enolumentos de reconocida utilidad que se debían al ilustrado celo del director D. Manuel de Nuñez, cuya destitución hemos oido deplorar con justicia entre los vecinos de Talavera y aun entre los dependientes del establecimiento. Por un espíritu de esterminio bien general en nuestra patria, se halla barbaramente deshecho un amenísimo paseo que el señor Nuñez organizó siguiendo la línea occidental de la fábrica de sedas, para comodidad de las personas que recelaban alejarse hasta el prado, con el deseo de respirar un aire puro en las noches del estío. Rosales, árboles y fuentes, nada subsiste: hasta los ingeniosos asientos se ven aporillados y rotos con un desenfreno propio de críticos ignorantes, que para baldón de nuestra culta sociedad viven en ella.

Ademas de la espresada industria, prosperó en otros tiempos aquella fábrica de esquisitos sombreros que proveía á las personas Reales y á la servidumbre de

palacio, elaborando mas de 11,000 al año, que se despachaban en América y en todas las capitales de España. Ahora está arruinada, pues desde 1808 difícilmente se venden los que se fabrican, cuyo número puede calcularse en 800 poco mas ó menos.

La alfarería es la que mejor se sostiene. Surte de luz á las dos Castillas, Estremadura y Galicia; pero aunque vistosa, tiene el defecto de ser pesada, quebradiza y sufre muy poco calor. El capital lucrativo que reporta á sus poseedores, pasa tal vez de 80,000 reales anuales, sin embargo de no tocar un periodo de gran esportacion y fortuna. El ramo mas ordinario de este comercio que consiste en tinajas, ollas, pucheros y cazuelas encuentra buena salida para los pueblos inmediatos. El jabón, el chocolate, los dulces y las velas de cera han perdido su prestigio, estas con especialidad se han minorado mucho desde la supresion de los ocho conventos y tres parroquias que las fomentaban, contándose ahora diez iglesias solamente, alumbradas con la economía que se deja conocer. Hay muchas tahonas; y el pan que se trabaja en ellas guardando hasta cierto punto analogía con el agua que sirve para el uso ordinario, es mas bien azulado que blanco, insípido, y muy poco nutritivo. Las legumbres son excelentes y abundan respectivamente tanto como en Valencia y Murcia.

No se crea despues de todo lo dicho que Talavera es lo que vulgarmente llamamos un villorrio: no por cierto. A pesar de todo su infortunio, tiene todavía varios comercios de gran crédito; una fábrica de sedería, lujosamente montada, otra de paños, otra de estampados, tintes, tenerías, etc. etc. Empero cótéjese todo esto con el brillo de sus tiempos dichosos y se verá como desaparece todo y se torna insignificante y despreciable.

Por testimonio de una estadística formada en 1855, se recogian cada año por los vecinos de esta villa 50,000 fanegas de trigo, 55,000 de cebada y 1,700 de garbanzos. Los pies de olivo plantados en sus inmediaciones, subían á 120,000 que daban un resultado de 16,000 cántaros de 32 libras de aceite cada uno, consumiéndose una tercera parte en el pueblo y lo restante se esportaba para Castilla. Agregábase un millon de cepas que producian mas de 40,000 arrobas de vino para la villa y lugares del contorno, y del orugo se destilaban 800 arrobas de aguardiente que semejante al vino, era de una calidad inferior.

El corregidor de Talavera correspondia á la primera clase con jurisdicción preventiva con otro ordinario en ella, y privativa sobre treinta y siete pueblos de su propio señorío. Había administración de Rentas reales, contaduría, aduana, tribunal eclesiástico foráneo, un sacerdocio numerosísimo, sociedad económica, administración principal de correos, casa de postas y teatro decentemente servido.

Por lo demás, la nobleza y patriotismo que los naturales de Talavera opusieron á la tiranía, les honrará siempre. Decididos á resistir con desesperado enojo la esclavitud ignominiosa del guerrero de nuestro siglo, víoseles reunidos á la armada real profunagar el mas sangriento combate desde la tarde del 26 hasta la noche del 28 de julio de 1809, obligando al ejército francés á retirarse disperso con 14,000 hombres de menoz que habían sucumbido en el cam-

po de batalla. Mas el valor que asiste á los hombres se convierte en delicadeza y finura en las mugeres. Pocos pueblos habrá donde con mas justicia pueda otorgarse al sexo femenino el distintivo de bello. La gentileza mide su paso; un cénitís pálido en fuerza de blanca derrama la dulce melancolía en los rostros de las jóvenes, y la amabilidad de su trato, á veces amorosamente esquivo, exalta los delirios del poeta é imprime los hermosos lineamientos de los angeles en la imaginacion del pintor.

Muchos son los literatos insignes que han nacido en esta villa. Citaremos los mas ilustres. El P. Juan de Mariana cuya gloria vá unida á su nombre: Don Alonso de Herrera escritor: Antonio Gomez y Hernan Gomez de Arias maestros aplaudidos: D. Francisco Verdugo autor de los *Comentarios sobre la guerra de Frisia*: D. Rodrigo de Cepeda, consejero de Castilla, célebre tratadista del derecho: D. Garcia de Loaisa y Giron, limosnero y espellan mayor de Felipe II, electo arzobispo de Toledo, el cual dió á la prensa la coleccion de concilios españoles, la cronologia de los Reyes Godos y Suevos, la de las dignidades y oficios del reino y de la Casa Real de los Godos, y la de los arzobispos de Toledo: D. Antonio Padilla Meneses, presidente del consejo de las Ordenes y escritor público: D. Bartolomé Frias y Albornoz que tambien fué lo mismo: D. Fray Bernardo de Talavera, monje Gerónimo, confesor de la Reina Católica, obispo de Avila, primer arzobispo de Granada, teólogo, escritor, virtuoso y sufrido: últimamente D. Fr. Garcia de Loaisa, religioso de Santo Domingo, comisario de Cruzada, presidente del consejo de Indias, obispo de Osmal y de Sigüenza, inquisidor general y arzobispo de Sevilla, donde falleció en el año de 1546.

Nada nos resta que añadir. Largo cuanto puede serlo este artículo, soltamos la pluma temiendo haber cansado á los lectores, entreteniendo prolijamente sus ocios. Dispénsennos en este caso, y ya que fué breve el exordio, sealo tambien la conclusion.

RAFAEL MONJE,

## EL ALEMAN Y LA JUDIA.

NOVELA ORIGINAL.

### II.

Atrevesando en su marcha diferentes salas y corredores, llegaron á un pasadizo en que habia varios cuartos á derecha é izquierda.

—Este, dijo el abad señalando uno, es para vos, caballero, y este otro para esa jóven.

—Bien, contestó el alemán, espero de vuestra bondad, continuó, que coloquéis por ahí á mi escudero.

—Así está ya dispuesto, vuestro escudero tiene tambien donde descansar.

—Sabeis ejercer la hospitalidad.

—Descansad, replicó el abad, que bien lo habeis menester, y saludando á la judia se alejó pausadamente.

Quedáronse solos los viajeros, y el alemán asiendo de una mano á su compañera la llevó trás de sí á la habitacion que la habian destinado. Consistia en un

apuesto cuadrado, toscó en su construccion. Una ventana ovalada suministraba mezquinamente la claridad del día, contribuyendo solo á la sazón, á formar los multiplicados caprichos dibujados en el pavimento, por la contraposicion de las luces natural y artificial. Una tarima y una tosca manta componian el lecho de la judia.

—Y bien, dijo el alemán á esta, que desde su entrada en la habitacion permanecia sentada y silenciosa como un cadáver. ¿Qué tienes?

Esta pregunta no mereció contestacion, y el alemán continuó.

—Hermosa Raquel, nada me dices, siempre el mismo penar, ¿será posible que desmayes cuando te ofrezco mi amor? ¿Ignoras lo que hago? ¿no sabes que si llegaran á sospechar siquiera mi inclinacion, me veria en el instante deshonorado, maldecido y escarnecido por todos? ¿no sabes lo aborrecida que es tu tribu? ¡Ah! y sin embargo yo te amo, te amo como la perla mas rica del pueblo escogido, si Raquel, no creas que te compré por satisfacer una vanidad pueril, no, te lo juro, tan solo lo hice por tí misma, por tus hechizos, bella criatura á quien consagro todo mi corazón.

La única respuesta que dió la judia, fué derramar un torrente de lágrimas.

—A que viene ese llanto, dijo él.

—Temo que no me respeteis viendo en mí solo una esclava; le contestó con dulzura.

—Tranquilizate, Raquel, no miro en tí una esclava, y te lo juro, jamás muger alguna será ni habrá sido respetada como tú lo serás por mí.

—¡Ah! exclamó la judia en un arrebató instantáneo de satisfaccion.

—¿Qué dijiste? la preguntó el alemán.

—Digo, señor, que eso que asegurais lo quebrantareis muy luego, pues que ninguna consideracion debéis á una muger como yo. Ademas, vuestro amor es temerario, yo no os puedo pertenecer y sin embargo os empeñais en ello, ved si debo temer por mí.

—Confieso que tus sospechas me injurian, Raquel, tú no puedes ser mía, ¿Y por qué?

—Mi religion os lo prohíbe.

—Si eso es todo, no temas, serás cristiana y entonces....

—¡Nunca!

—¡Nunca!

—Perdonad, pero mi religion es la de mis padres y el cielo me castigaria si abjurára de las creencias que adquirí en la cuna y que jamás podré olvidar.

—Con que es decir que renunciáis á la felicidad.

—A la felicidad!

—Sí, á la felicidad, felicidad que no podias encontrar entre los tuyos; però la rehusas, la rechazas, pues bien, cúmplase tu destino.

—Haced lo que querais, pero no me obligeis á que falte á mis principios.

—¡Tus principios! y qué principios son los vuestros, raza maldecida desde el nacer, errante, fugitiva, sin verdadera ley ni Dios: principios dices, los serán el creer en una falsedad, en una superstición hija tan solo de vuestro dolor.

—¡Ah! callad, callad por el Santo Dios de Israel, respetad nuestras creencias como respetamos las vuestras y no me martiriceis mas. Sé que os pertenezco, sé que estoy bajo vuestro poder. ¡Ah! torpe condicion de

los míos; si, tenéis razón, somos muy despreciables. Dios de Jacob, ¿qué te ha hecho esta infeliz para que así la castigues?

Calló dicho esto y sumergió la cara entre ambas manos, ahogando los sollozos que con profusión brotaban de su pecho. Quedóse el alemán pensativo, contemplando á aquella infeliz, y un sentimiento de compasión fué á herirle en lo íntimo de su alma. Amaba á aquella muger y le seducía su hermosura; conocía que era suya por la sancion de la ley que había autorizado aquella compra bárbara. No ignoraba que le pertenecía á él solo, que podía valerle del derecho que sobre ella tenía y satisfacer su ardiente pasión; pero era tan bella, la amaba tanto, que hasta entonces la había respetado probándola con su conducta lo casto y puro del verdadero amor.

—Bien, Raquel, exclamó el alemán, harás lo que gustes, no trato de forzar tu voluntad, pero por Dios, por ese mismo Dios á quien venero, no deseches mis palabras de amor como una falsedad, no, creelas, muger, y sabe que nunca logró otra ninguna lo que tú has conseguido hacer en este corazón.

—Sí, contestó ella, os creo señor, os creo, porque ¿qué os he hecho yo para que me queráis perder?

—Dejemos esto ahora, dijo el alemán, y trata de descansar que mañana al romper el alba hemos de partir.

Y salió cerrando tras sí la puerta.

Colocóse la judía lo mejor que pudo en su tosco lecho y trató de dormir aunque con algún recelo, pues no creía del todo franco á su compañero y señor, y como se hallaba resuelta á morir primero que ceder, el temor de ser sorprendida la inquietaba, más estaba tan rendida de cansancio que de allí á breves instantes se quedó profundamente dormida.

Los primeros albores de la mañana vinieron á despertar al joven alemán, á quien también había rendido la fatiga, y al instante se puso en pié, llegándose luego al lecho donde aun dormía la judía Raquel. Bella estaba la hija de Israel descansando sobre aquella modesta y dura tarima. Acercóse á ella su compañero y la tocó con la mano para que despertara; al hacerlo temblaba sin saber él mismo por qué. Despertóse la linda judía como una pantera á quien sorprende el cazador, incorporóse repentinamente en el lecho y dijo:

—¿Qué me queréis, señor?

—Vengo á llamarte para que nos pongamos en marcha al instante, ya pronto asomará el sol.

—Cuando gustéis, contestó ella.

—¿Has descansado? la preguntó con una suavidad ajena de su carácter, áspero por temperamento.

—Un poco contestó Raquel.

—Espérate aquí que ahora vuelvo.

—¿A dónde vais, señor?

—Voy á disponerlo todo para nuestra marcha.

Apenas hubo salido el alemán, levantóse Raquel y se aproximó á la hendidura que había en la pared á guisa de claraboya y por la cual penetraba el reflejo de la luz. El sol acababa de mostrarse en el horizonte bajo un color rojo que fascinaba. El aura templada, la hora, el atractivo del vasto panorama que se extendía á los ojos de la judía, el silencio que reinaba interrumpido tan solo por el zumbido del insecto ó por el melodioso canto del ruiseñor, predisponían el

ánimo de Raquel á graves y sublimes pensamientos. Clavados los ojos en el firmamento formulaba una oración; inspirada la infeliz en aquel instante, se postó de hinojos sobre el duro suelo y dos perlas que se evaporaban al caer rodaron por sus niveas mejillas.

¡Pureza del corazón, creencias indestructibles, á vosotras debe el mortal ese ilimitado consuelo! Porque de cuanto nos rodea ¿qué hay duradero en este páramo que llaman mundo? Nada, hasta la fé que en la vida al tronco se adhiere al corazón suele á veces vacilar. Raquel padecía, pero en aquel instante se abría ante ella un vasto campo de fé, alumbrado con la antorcha de la esperanza. Sentía pero creía, sollozaba pero era de dicha y de dolor; de dolor porque realmente le tenía; de dicha porque su corazón encontró el bálsamo de la fé que la remuneró en parte de sus sufrimientos. Y como que el corazón humano tanto adopta el dolor como el placer, así el suyo poseía ambos afectos tan diametralmente opuestos.

Después que hubo rezado se sentó sobre la tarima en actitud meditabunda, en su posición favorita.

—Todo está dispuesto para marchar de aquí, dijo el alemán entrando en la pieza.

Hubo un momento de silencio durante el cual la judía parecía una estatua según lo inmóvil que estaba, fijos los ojos en el pavimento. Quien la hubiese visto de tal manera habría calculado que reasumía con el pensamiento en aquel instante su pasado con su porvenir, y hubiera acertado.

—Partamos, dijo el alemán.

Miróle la judía y contestó:

—Vamos.

Y ambos salieron de la habitación dirigiéndose á la celda del abad.

—¿Os retiráis ya? preguntó este al verlos entrar.

—En este momento.

—Os deseo feliz viaje.

—Dios os ayude, repuso el joven alemán.

—No olvidéis en vuestras oraciones al Abad del monasterio de Yuste.

—Seguramente que no me olvidaré de vos, padre, y no he de hajar á la tumba sin veros antes.

—Mucho lo apreciaría.

—Pues creedlo.

—¿Queréis un guía?

—No; el día está claro y el camino es bueno.

—Entonces id con Dios.

—Con él quedaos, padre, hasta que veuga á pedirnos de nuevo un asilo.

—Así sea.

Y salieron de allí.

Bajaron al patio en el que aguardaba el escudero con los caballos. Montaron todos tres, y salieron de aquel venerable asilo enderezando su marcha al camino real. Iba delante el alemán, y á su lado cabalgaba Raquel sobre un fogoso corcel tostado. El escudero los seguía á corta distancia.

Largo rato caminaron sin dirigirse ninguno la palabra. Mil pensamientos á cual más sombríos asaltaban la imaginación de la judía, que no osaba alzar los ojos para mirar á su compañero y señor. Este por su parte tampoco los levantaba del arzon de la silla donde los había clavado. Si se hubiera podido profundizar aquel corazón se habría visto la lucha cruel que á la sazón estaba sufriendo.

El sol adelantando en su carrera se dejaba sentir con un ardor que abrasaba.

—Apretemos el paso, dijo el alemán picando los hijares de su brioso alazan.

Y todos salieron al galope dejando el monótono paso que llevaban desde su salida del monasterio.

—Señor, exclamó el escudero; ¿sabéis dónde estamos?

—En el camino de Estremadura, le contestó aquel con voz ronca.

—¿Ignorais lo que por él anda? repuso el escudero.

—¿Qué? dijo el alemán volviendo la cabeza.

—Pues señor, habeis de saber, continuó el oficioso escudero adelantándose hasta llegar con la cabeza de su caballo hasta las ancas del de su señor, que por estas cercanías hay bandidos.

—¿Cobarde!

—No es cobardía avisar el peligro para poder huir de él.

—Si tienes miedo, repuso el alemán, puedes irte.

—¿Quién? ¡yo! Yo irme señor ¡Ah! mal me conocéis.

—Bien, calla, respondió incomodado el alemán.

Calló el escudero aunque de mala gana y volvió á colocarse á cierta distancia detrás de su amo.

Era el camino por donde transitaban nuestros viajeros tortuoso y lleno guijarros, que impedían á los caballos marchar con comodidad por cuyo motivo tenían que hacer rodeos, subir cuestras, saltar zanjas y á veces salirse de la carretera para poder pasar adelante. El joven alemán seguía en su silencio, silencio que tenía algo de sombrío; no era el silencio de la indiferencia, no era tampoco el silencio de la estupidez y hacíase difícil en verdad conocer á primera vista la causa de aquel embotamiento moral. ¿Serían acaso muchas las que le redujeran á aquel estado? Solo Dios y él sabían lo que pasaba en su corazón y acaso el mismo no hubiera podido en aquel instante satisfacer la curiosidad de algun importuno, tantas eran las ideas que le asaltaban; por fin se le oyeron decir estas palabras.

—¿Si llegaré tarde?

—Miróle la judía como si la hubiese exigido una respuesta, mas viendo que no se fijaba en ella bajó de nuevo los ojos y calló.

El alemán continuó diciendo para sí aunque no tan bajo que no se percibiera.

—¡Oh! Si llegara tarde infeliz de mí, pero no, el Emperador no puede haber venido todavía, le llevo cuatro dias de ventaja, con todo bueno será llegar cuanto antes....

Iba á seguir, cuando le interrumpió un silvido que se oyó salir del centro del bosque inmediato.

—No os lo dije, Señor, exclamó el escudero.

—¿Qué? preguntó el alemán.

—Que aquí hay bandidos.

—Vé á reconocer el campo.

—No me parece prudente enseñarles la presa, Señor.

—De todos modos si son bandidos han de salir, con que vé á ver cuantos son.

—¿Y cómo queréis que os deje solo?

—No tengas cuidado vé.

Y le enseñaba el camino del bosque.

—¿Con que os empeñais en que vaya?

—¿Cuántas veces te tengo de decir que si?

Conoció el escudero por el gesto de su señor, que

no había mas remedio que obedecer, pero como de todo tenía menos de valiente, se mantenía sin embargo indeciso entre quedarse ó partir.

—Sino marchas al momento, dijo el alemán irritado, te clavo contra un árbol con mi lanza.

Asustado el escudero con semejante amenaza, piro débilmente los hijares del caballo y se dirigió hacia el bosque.

En el mismo instante vino á herir sus oídos otro silvido aun mas cercano que el primero.

Tembló en la silla el escudero y aun volvió la cabeza para mirar á su amo pidiéndole gracia, pero se encontró con un semblante firme y severo, que le decidió á seguir adelante. (Continuará.)

## ANUNCIO.

**Martin el Espósito ó Memorias de un Ayuda de Cámara,** novela escrita en francés por Mr. Eugenio Sué, traducida al castellano por D. A. Fernandez de los Rios.



Reyes.

Ha concluido el segundo tomo para el cual se han repartido magníficas láminas tiradas aparte. Van publicados 26 pliegos del tercero que terminará sin falta alguna á principios del próximo mes.

Se suscribe en los mismos puntos que al SEMANARIO PINTORESCO.

Madrid 1847.—Imprenta y Establecimiento de D. Esteban C. de los Rios y Compañía, calle de Perceña, núm. 23.